

Editorial: Informe Central

Por: **Julio García**

Granma, 19 de diciembre de 1975. p.1

Acabamos de llegar de la sala del Congreso. Traemos todavía en los oídos el eco de las últimas palabras del Informe Central de Fidel. Hace ya muchos meses, años incluso, la idea de este Congreso nos impreg-hó a todos de su importancia. Com-prendíamos teórica y políticamente, la trascendencia excepcional que él habría de tener. Vinieron luego las tesis, que nos fueron llenando de razones y de argumentos. Para miles, millones de cubanos, este Congreso ha sido durante largo tiempo el centro de la vida y de los afanes cotidianos.

Confesemos, pues, que sólo ahora, después de escuchar a Fidel, podemos comprender en su verdadera medida qué era el Congreso, Era razón y sentimiento. Cima y camino. Estrella. Si el Partido, como dijo Fidel, es él alma de la Re. votación, el Congreso es el corazón del Partido.

Lo hemos visto latir con fuerza extraordinaria, a un solo compás, durante estas tres intensas sesiones de trabajo' en que ' nuestro Primer Secretario rindió su informe central. Nos impresionó la unidad, la pasión revolucionaria y el vigor con que vibraron juntos Fidel y toda la masa de delegados e invitados en estas horas imborrables. Hasta ayer, los diferentes temas del Congreso se hallaban en cierto modo separados. Hoy, tras el recuento y el análisis de Fidel, forman un todo integro e indivisible.

Hasta ayer decíamos: "el Congreso sintetizará las experiencias de nuestro proceso revolucionario". Hoy, conducidos por Fidel, hemos calado hondo en las en-tronos vivas de nuestra propia historia. Hemos aprendido todos a comprender mejor cómo y por qué vencimos. No ha quedado mérito por reconocer ni hecho fundamental por señalar. La Revolución es una y es de todos, es de Cuba y es de la humanidad.

Nos queda un valioso estudio histórico y político al cual habrá que volver en lo adelante cada vez que se trate de formular una interpretación sobre las

fuentes, las etapas y el curso mismo de la Revolución cubana.

Fue emocionante y ejemplar el profundo sentido autocrítico con que Fidel abordó algunos aspectos del proceso revolucionario. Si con natural modestia fueron expuestos ante el Congreso y el pueblo las conquistas y los avances históricos alcanzados por la Revolución en éstos años, cuya magnitud resulta evidente, Fidel no soslayó, ni silenció ni suavizó en su análisis ningún error o deficiencia cometidos. Habló, una vez más, con palabras que eran entrañas de verdad, honestidad y lealtad al pueblo.

La verdad por delante, para vencer. Como en los días de la guerra, como siempre. Y en ella la toga de hombre y de revolucionario.

Nos impresionó profundamente la reacción instintiva del Congreso ante los planteamientos de Fidel. Ella reflejaba un sentir intenso de admiración, de respaldo y de cariño. Y era, sobre todo, la voz del Partido, firme y responsable, que tomaba sobre sí también cada uno de los problemas señalados y expresaba la voluntad inquebrantable de seguir avanzando hasta su completa superación.

La amistad hacia la Unión Soviética, la identificación política de principios con el Partido de Lenin con los objetivos y tareas comunes de toda la comunidad socialista, fueron subrayados con el lenguaje de la inteligencia y del corazón.

El internacionalismo proletario vibró con el recuerdo de los ausentes de ayer y de hoy; con el deber sagrado de mañana y de siempre.

Los nuevos derrotados quedaron trazados.

Ayer, a las 12 y 10 del mediodía, en medio de ovación atronadora, Fidel volvió la última página de su informe central. Desde entonces, cada revolucionario, cada hombre y mujer de nuestro pueblo tiene un motivo inspirado, para hacerse más noble, más humilde, más laborioso, más agradecido, más exigente consigo mismo, más comunista.